

8.000 millones de miembros

En vista de este hito demográfico, podríamos vernos tentados a sacar una conclusión fácil: que las dinámicas demográficas son la causa subyacente de los muchos problemas interrelacionados a los que se enfrenta el planeta.

Algunas voces achacan la escasez de recursos y los conflictos encarnizados a que la población es “demasiado alta”, mientras que otras temen que el declive de las tasas de natalidad se traduzca en una Tierra deshabitada donde la que la población sea “demasiado baja” como para que la vida tal y como la conocemos siga su curso.

Es la historia de un mundo demasiado poblado... O la historia de un mundo demasiado despoblado.

Se diría que ambas opciones nos llevan por el mismo camino: el del miedo, las recriminaciones y el control.

Sin embargo, lo cierto es que el problema nunca ha sido el número de personas.

Partamos de los hechos.



Plantear las preguntas adecuadas

¿Todavía no sabe si la población mundial está en el punto “adecuado”? La pregunta no es si la población mundial es demasiado alta o demasiado baja; lo que debemos plantearnos es si todas las personas tienen lo necesario para ejercer sus derechos humanos básicos, como el derecho a la autonomía sexual y reproductiva.

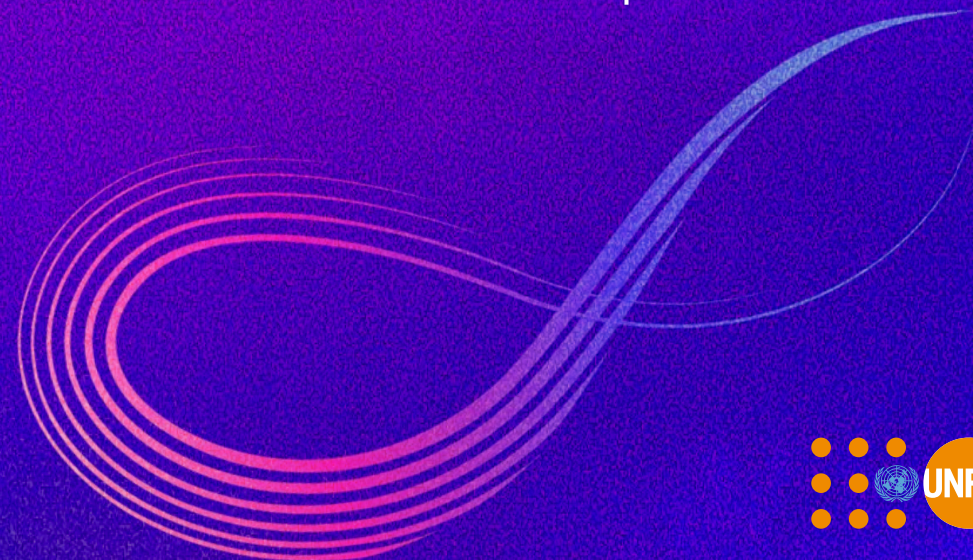
En las circunstancias actuales, esos derechos solo están al alcance de una parte de la población.

Conseguir que sean algo universal es la única forma de abrir la puerta a que toda la humanidad se desarrolle y pueda adaptarse a las transformaciones que experimenta el planeta.

La presente edición del Informe sobre el Estado de la Población Mundial aboga por un mundo en el que todos y cada uno de nosotros tengamos la libertad de planificar nuestro futuro reproductivo y los países se adapten a los cambios poblacionales —en lugar de intentar controlarlos— como método para fomentar la resiliencia demográfica.

La población, al fin y al cabo, está compuesta por seres humanos. Hay que estructurar las sociedades de forma que cubran las necesidades de la ciudadanía a medida que atraviesa cambios inevitables. Los sistemas deben ser instrumentos al servicio de la humanidad, no al revés.

Los tiempos que corren nos exigen reconocer el potencial de todas las personas —independientemente de su género, etnia, nacionalidad o situación de discapacidad— a fin de que puedan contribuir en positivo a nuestro futuro colectivo... **Un futuro para los 8.000 millones de habitantes de la Tierra. Un futuro de infinitas posibilidades.**



Asegurando derechos y opciones para todos

www.unfpa.org/swp2023



8.000 millones de vidas,

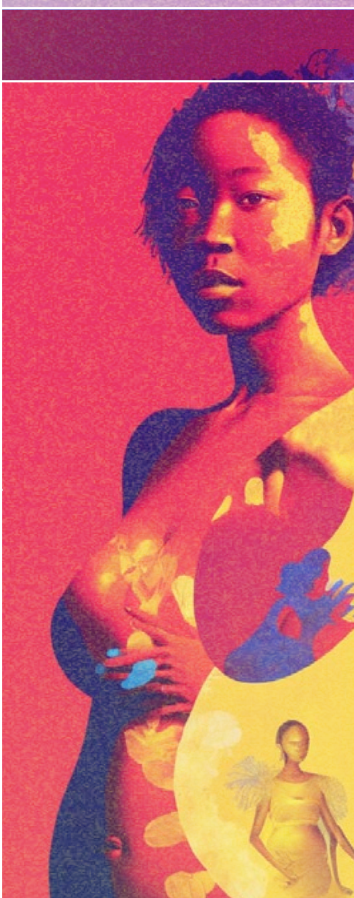
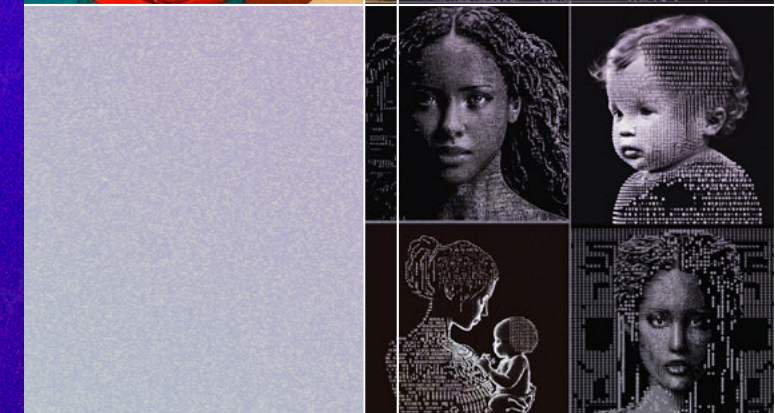
**INFINITAS
POSIBILIDADES**
argumentos a favor
de los derechos y libertades

En noviembre de 2022, la población del planeta rebasó los 8.000 millones de personas.

La familia humana ha alcanzado unas dimensiones nunca vistas. En conjunto, disfrutamos de vidas más largas y un mejor estado de salud que en cualquier otro momento de la historia de la humanidad.

Con todo, también se trata de un mundo colmado de inquietudes e incertidumbre. Las dificultades que atravesamos —como el cambio climático, la agitación política, los conflictos y la COVID-19— nos han llevado a una encrucijada en la que la amenaza de un futuro peor nos parece igual de factible que la promesa de uno mejor.

¿Cómo damos sentido a esas contradicciones y empezamos a resolver los problemas urgentes de nuestros tiempos?



El problema que plantea hablar de “una población demasiado alta”

Según los agoreros de la superpoblación, el mundo está a rebosar de gente y ya prácticamente no cabe un alfiler. Algunos políticos, comentaristas de medios de comunicación e incluso intelectuales sostienen que los problemas que sufrimos a escala internacional (como la inestabilidad económica, el cambio climático y las guerras por el control de los recursos) tienen su origen en la superpoblación, en el exceso de demanda frente a la falta de oferta.

Sostienen que las tasas de natalidad se han descontrolado y ponen en el punto de mira a comunidades pobres y marginadas, a las que hace mucho que se las acusa de reproducirse en abundancia y de forma irresponsable pese a que son quienes menos contribuyen a la destrucción del medio ambiente, entre otros problemas.

Esa narrativa simplifica demasiado las cuestiones complejas y tiene consecuencias perjudiciales muy reales. Por si fuera poco, hace que sea más difícil que los verdaderos responsables de los problemas urgentes que nos acechan rindan cuentas por ellos.

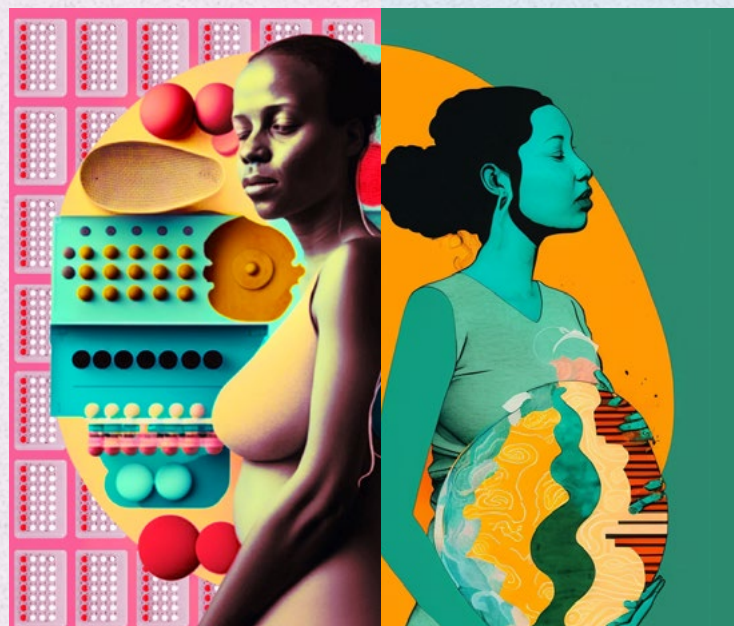
Así son las cosas:

- > 2/3: La proporción de habitantes del planeta que residen en lugares donde la tasa de fecundidad no alcanza en nivel de reemplazo.
- > 72,8 años: La esperanza de vida a nivel mundial. La mejora de la esperanza de vida ha impulsado la mayor parte del crecimiento demográfico, lo cual es una buena noticia.
- > 25+ años: El período durante el cual dos tercios del crecimiento demográfico se explicarán por el impulso del crecimiento en años anteriores (es decir, no se verá afectado por la modificación de la fecundidad).
- > 10%: El porcentaje de la población mundial que genera la mitad de todas las emisiones de gases de efecto invernadero. Por lo tanto, es un error vincular el aumento de las emisiones con el crecimiento demográfico.

Dar un vuelco al discurso

No tenemos por qué comulgar con la teoría de que el cuerpo y la libertad reproductiva de las mujeres son tanto la causa del problema de la “superpoblación” como su solución. Hay otra opción: insistir en que las libertades individuales son vitales y respaldar el progreso humano en todas sus formas con un enfoque basado en la justicia sexual y reproductiva.

En lugar de procurar que las cifras de población se reduzcan, esta postura opta por avanzar hacia la igualdad de género e invertir en educación, atención sanitaria y energía limpia y asequible.



El problema que plantea hablar de “una población demasiado baja”

Aunque la humanidad se ha duplicado con creces en tan solo 50 años y la tasa global de fecundidad sigue por encima de los 2,1 nacimientos por mujer (lo que se considera “el nivel de reemplazo”), dos tercios partes de la población del planeta residen en países o zonas donde la fecundidad no llega a dicho nivel. Esto ha provocado que, en determinados contextos, las alarmas de la “crisis de despoblación” hayan empezado a dispararse.

Ciertas voces advierten que, si las tasas de fecundidad siguen de capa caída, la situación podría desembocar en el “colapso” de algunos países o incluso de la raza humana.

Así son las cosas:

- > 1: La cantidad de regiones del mundo (Europa, más concretamente) en las que se espera un descenso de la población entre 2022 y 2050.
- > Década de 1970: El momento en el que muchos países comenzaron a registrar tasas de fecundidad por debajo del nivel de reemplazo. Pese a ello, la mayoría de sus poblaciones no se resentieron gracias a la inmigración.
- > De 5 a 2,3: El descenso promedio de la tasa de fecundidad mundial desde la década de 1950. Se prevé que la tasa global de fecundidad llegue a 2.1 para 2050.
- > ↓↑: El envejecimiento de la población es el resultado natural del aumento de la longevidad y la caída de las tasas de fecundidad, un proceso universal.

Dar un vuelco al discurso

A pesar del temor a que la población se vuelva en breves “demasiado escasa” como para sostener las economías, los servicios y las sociedades, los especialistas afirman que el descenso de la natalidad no nos aboca a una catástrofe. Por el contrario, es el sello de identidad de la transición demográfica.

Los avances tales como el incremento de la esperanza de vida y el descenso de la fecundidad mundial son una señal de que la ciudadanía —y sobre todo las mujeres— controla cada vez más su vida reproductiva y de que poder ejercer derechos y libertades impulsa nuestra calidad de vida.

Los derechos y libertades son cruciales

Decidir de forma libre el número de hijos que tenemos, cuándo los tenemos y el intervalo entre ellos es un derecho fundamental universal.

Como sociedad globalizada que somos, hemos de garantizar que todas las personas puedan tomar decisiones relativas a su salud sexual y reproductiva sin ser objeto de discriminación, coacción o violencia.

Para hacer realidad esas metas reproductivas, necesitamos servicios asequibles y accesibles que cumplan las normas internacionales de calidad.

Esas son las metas a las que debemos aspirar en lugar de intentar influir en las tasas de fecundidad, ya sea al alza o a la baja. Dicho tipo de intervenciones no resuelven nunca los problemas, puesto que estas tasas no son buenas ni malas por sí mismas. Si se adopta el enfoque adecuado, las sociedades resilientes prosperan independientemente de la fecundidad.

- > Resiliencia demográfica: la capacidad o situación de adaptación y crecimiento en un contexto de cambios demográficos
- > 44%: El porcentaje de mujeres con pareja sin autonomía corporal en 68 países.



¿Qué opinan las mujeres de su libertad reproductiva?

Por desgracia, es frecuente que el número de hijos que *quieren* tener las mujeres no se mencione en los debates sobre la tasa de natalidad. La realidad es que, en muchas ocasiones, el número de hijos que desea una mujer y su fecundidad real no coinciden.

Es el resultado de unas políticas que, ya sea de forma premeditada o accidental, dificultan que la población femenina ejerza sus derechos y libertades.

Si formulamos políticas demográficas sin tener en cuenta la voluntad de la gente, hacemos peligrar la salud y el empoderamiento de toda la sociedad. Para lograr una población tan sana y empoderada como sea posible, con capacidad para aportar contribuciones, innovaciones y prosperidad, es indispensable garantizar sus derechos y libertades.